

# El Sabio Califa

POR

Alberto Nin Frías

Ilustración de Parpagnoli

¿QUE gloria es comparable con la que procura el estudio y el trato con quienes aman el conocimiento por encima de todas las cosas?

De esa suerte reflexionaba Harún, el califa abbasida de Bagdad, mientras tendía la vista desde la ventana de su alcoba sobre la maravillosa Bagdad, capital del Califato: aparecía la hermosísima urbe con sus innumerables minaretes y cúpulas que se destacaban sobre la espesa neblina del caserío. El sol estaba en su ocaso. Bagdad obedecía ciegamente al jefe de los Creyentes, por que generoso, instruido y elocuente, sabía ejercer el poder con magnanimidad. Su renombre se extendía por todo el mundo de ese entonces. El alcázar califal, malgrado su dilatada extensión, constituía tan sólo una cárcel cercada de inaccesibles muros. Había en su interior cuanto pudiera concebir como bello la mente humana.

Ni el magnífico despliegue de lujo, ni la perpetua adulación que le tributaban consejeros y plebe, habían logrado jamás secar las fuentes sencillas y fuertes del corazón de Harún. Así, amaba él retirarse a su cámara, fingir que dormía y, luego abandonar el palacio por un pasadizo secreto y ganar a toda prisa las callejuelas de Bagdad. Disfrazado Harún podía contemplar lo que el pueblo hacía y pensaba. Esta costumbre muy suya le reservaba siempre alguna sorpresa inesperada. Y, harto necesitaba de este estímulo quien nunca hallaba oposición al menor de sus deseos.

Un día ocurriósele vagar por las callejuelas de Bagdad, vestido de mendigo. Fué a parar a

prendidísimo contempló a su harapiento salvador y a su destaralada habitación.

—¿Por qué ha escogido tan misericordiosamente a un desdichado mendigo? Tan pobre soy que ni siquiera podré compensar tu noble gesto.

—Al punto me enteré de eso —alegó el estudiante, mas me sentí atraído por tu fino e inteligente rostro, y aún más ahora que habías. Ayudémonos mutuamente. Confía en mí: sé lo que es el mundo, porque todo lo he invertido en adquirir sabiduría.

Para adelantar a dos amigos más vale un corazón leal e intrépido que la riqueza.

Tu amistad me compensará el servicio prestado.

Si el manebro tan aficionado al saber y a la bondad, hubiera sabido que conversaba con el Califa incomparable, no habría podido expresarse más a propósito para ganarse la simpatía de este poderoso príncipe. Harún, como dotado de elevado entendimiento, aspiraba sobremanera a saberse querido por sí mismo, y desinteresadamente. Conmovido le respondió:

—¿Quieres prometerme que nos socorreremos mutuamente en la necesidad?

—Tú no podrás realizar mi aspiración, — adujo Abul — quisiera cuidar de la biblioteca del Califa.

Harún no pudo reprimir una sonrisa casi irónica al constatar

Se rió el joven de tan peregrina ocurrencia, en tanto Harún despidióse de su amigo.

Algunas horas más tarde, cuando declinaba perezosamente la luz solar, regresó de muy buen talante el supuesto mendigo.

—¡Oh, tarde dichosa y bienvenida! — exclamó jubiloso. — Encanto tiene la paciencia, cuando es generoso el hombre que la practica, como dijera Sêherazada. Ha ocurrido lo imprevisto: Al referirle a mi primo tu conducta y tu desinterés, se la contó en seguida al Califa, y éste ordena que cenes en su sacra compañía.

—¿Y cómo es ello posible ataviado con harapos?

—No te preocupes — replicó Harún. — Apareceremos lo que somos: unos necesitados. Los pudientes no se preocuparán de nosotros.

Y, sin articular otra sílaba, Harún se encaminó a palacio con su amigo. De pronto desapareció aquél. Abul fué conducido a la sala del banquete y se colocó entre los huéspedes humildes. Un heraldo anunció la llegada del Califa, el cual no tardó en presentarse todo enojado. Recorrió con la mirada la amplísima sala, y enfrentándose con Abul, díjole al Gran Visir como enfadado:

—¿Quién es ese mozo tan mal trajeado?

Aquel no supo qué contestar a su augusto amo, porque Abul le era cabalmente desconocido. Vacilaba en hacer arrestar al intruso, cuando el Califa se echó a reír y mandó sentar a su lado al desconocido.

—Enterado de la vida que salvaste, ¿desearías otro cargo que el de bibliotecario? — exclamó Harún. Y por toda respuesta oyó:



los barrios peor frecuentados de su dominio. Y, la fatalidad, única soberana del mundo, según Mahoma, quiso fuera a descansar en una taberna, tenebroso escondrijo de una banda de ladrones. Observándole atento a lo discurrir, uno de los malvados lo acusó de ser un espía. Acto continuo los cacos le molieron a palos hasta desmayarle. Luego, dándole por muerto, lo arrojaron a la calle. Atinó a pasar por estos apartados lugares, un estudiante mozo, Abul-Alá, de nombre, que tierno y bueno, tenía el corazón sensible al sufrir de los otros. Echóse el herido al hombro, llevósele a su hogar y allí le bañó las heridas. Cuando Harún volvió en sí, sor-

cuán modesta era la ambición del agraciado adolescente. ¿Qué cosa podría negarle, si se la pidiera Abul, a trueque de haberle salvado la vida? Fácil le sería cumplir su parte en el trato, pero ¿qué podría hacer en cambio por él, Abul? Para probar aún más al novel amigo, Harún agregó:

—En nada podré ayudarte. ¡Ah, sí! Creo que por medio de un amanuense de nuestro poderoso Califa, que el muy altísimo Alah guarde por muchos años, podré hacerte conocer su biblioteca. Sabedor del comportamiento, procurará seas invitado a palacio. Frente al soberano te arrojarás a sus plantas y le pedirás un destino.

—Recabo tan sólo de vuestra Serenidad, el cumplimiento de lo pactado. En el tranquilo remanso de los pergamino, soy felicísimo. Le juro ayudarle en un todo.

Tendidos los huéspedes sobre los divanes, comenzó la cena. Durante su desarrollo, Abul incurrió en una falta aparente de etiqueta que molestó grandemente al Califa. Abul cambió su pocillo de café por el de su señor. A pesar de su enojo, reprimió este último su ira porque el hecho había pasado desapercibido, y no quiso abochornar a su amigo en público.

No pudiendo el Comendador de los Fieles olvidar lo acaecido la noche anterior, fué en busca de su protegido. Le halló en el acto de examinar un can que acababa de expirar.

—¿Cómo te atreves a traer a este recinto un animal impuro — interpuso Harún, ciego de ira. — Asimismo, ¿por qué trocaste anoche los pocillos?

—Estoy cumpliendo en un todo con el pacto — replicó Abul sin inmutarse. — Yo no bebí tu café, pero este can lo ha hecho. Obsérvalo.

—¡Envenenado! — aulló el Califa. — ¿Sabes tú quién puso el tóxico?

De las indagaciones resultó culpable el emir sentado a la diestra de Harún. Había sido aquél derrotado por los ejércitos del Califa y, fingiendo sumisión, bajó a la corte para ultimar a su jefe supremo.

Días más tarde, cuando fué conjurada la conspiración, volvió Harún a platicar con el fiel Abul:

—Razón tuviste, caro amigo, llevando a tu casa y de todos me llévaste a tu casa y me dijiste que había de esperarse más de un corazón leal y sincero, no obstante su pobreza, que de un obispo en la opulencia. Jamás podré compensarte en la medida de tus merecimientos, porque tus anhelos son tanto fáciles de satisfacer, pero te afirmo desde lo más hondo de mi corazón, que mientras viva yo te querré con el mismo afecto desinteresado que me profesaste cuando me encontraste en tu camino.

Al hallar a tu paso a un extraño, nunca seas el primero en rechazar su deferente saludo o su insinuación de la amistad, porque muy bien puede resultar un acuerdo del destino para cambiar favorablemente el curso de tus días.

